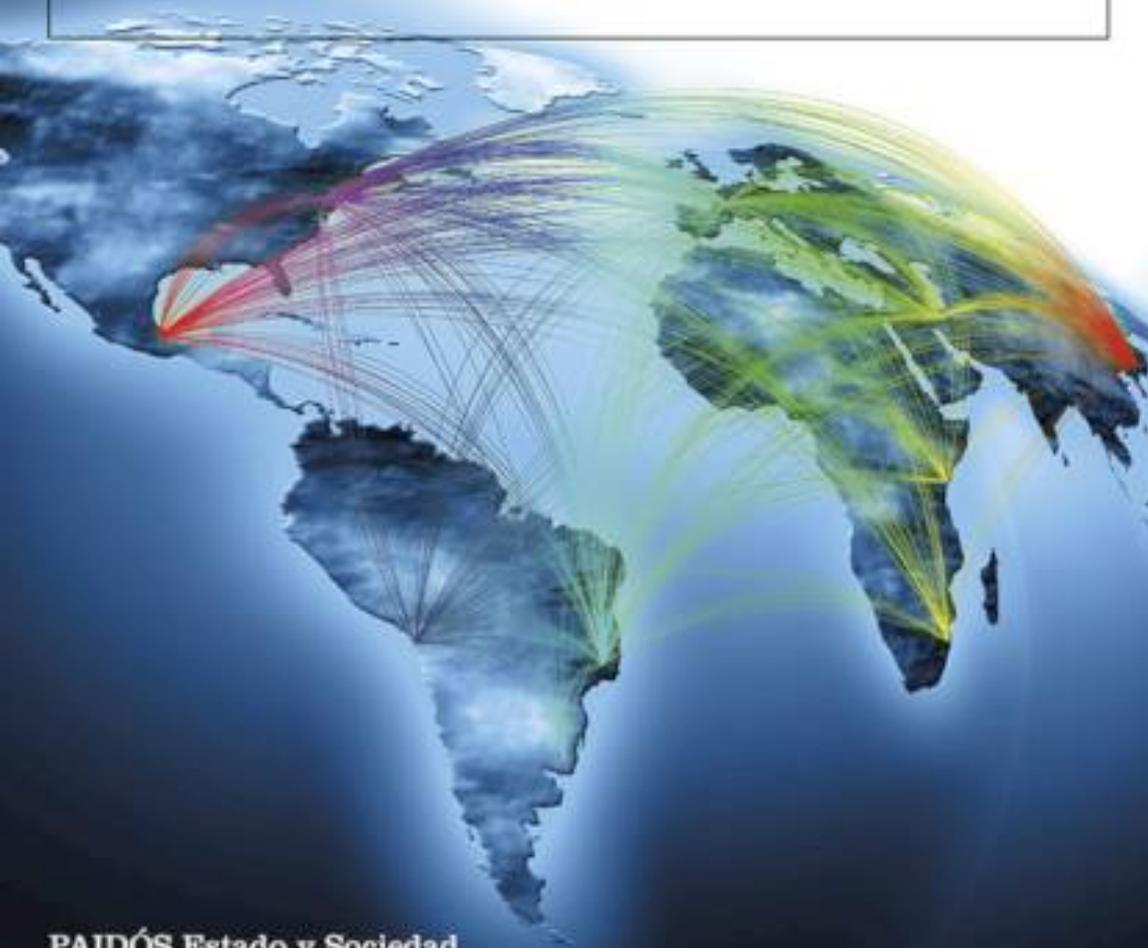


Parag Khanna

Conectografía

Mapear el futuro de la civilización mundial



Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo

Una nota sobre los mapas

Primera parte: La conectividad como destino

 Capítulo 1: De las fronteras a los puentes

 Capítulo 2: Nuevos mapas para un nuevo mundo

Segunda parte: La descentralización como destino

 Capítulo 3: La gran descentralización

 Capítulo 4: De la descentralización a la agregación

 Capítulo 5: El Nuevo Destino Manifiesto

Tercera parte: Conectividad competitiva

 Capítulo 6: ¿La Tercera Guerra Mundial o el juego de tirar de la cuerda?

 Capítulo 7: La Gran Guerra de las Cadenas de Suministro

 Capítulo 8: Alianzas infraestructurales

 Capítulo 9: La nueva Edad de Hierro

 Capítulo 10: Rayuela a través de los océanos

Cuarta parte: De las naciones a los nodos

 Capítulo 11: Si lo construyes, vendrán

 Capítulo 12: Figurar en el mapa

 Capítulo 13: Las cadenas de suministro como salvación

Quinta parte: Hacia una sociedad global

 Capítulo 14: El malestar en la cibercultura

Capítulo 15: La gran dilución

Capítulo 16: Cuando hable la naturaleza, agachemos la cabeza

Conclusión: De la conectividad a la resiliencia

Herramientas cartográficas y sitios web recomendados

Agradecimientos

Bibliografía

Mapas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A Ayesha,
la única brújula que necesito*

Prólogo

La consecuencia natural de nuestras obsesiones es pasárselas a nuestros hijos. Llevo coleccionando globos terráqueos, mapas y otros artefactos geográficos desde mi itinerante infancia. Por tanto, no es demasiada coincidencia que haya estado escribiendo algunas partes de este libro mientras hacía metódicamente un mapamundi de mil piezas con mi hija. El mapa era una proyección de Mercator, que debe su nombre al geógrafo flamenco del siglo XVI que pretendía hacer mapas más útiles para la navegación, pero que en el proceso distorsionó enormemente la escala de las latitudes extremas. De ahí que mi hija exclamara: «¡Qué grande es Groenlandia!», al tiempo que se preguntaba por qué era de color naranja. África fue el continente más fácil de montar: con 54 países, cada piecicita del puzle estaba llena de pistas como el contraste de los colores nacionales y los nombres de las ciudades. Dejamos para el final los vastos océanos, un trabajo realmente frustrante, con cientos de piezas uniformes que únicamente se diferenciaban por sus tonalidades de azul. Pasábamos el tiempo comentando dónde son más profundos los océanos, dónde se encuentran las mayores cordilleras submarinas y cómo sobrevive la gente en las islas remotas.

Cuando completamos el puzle, lo envolvimos cuidadosamente con un rollo de cinta transparente y lo pegamos en la pared de su habitación. Dando un paso atrás, resulta-

ba fácil imaginar lo perfectamente unidos que estaban antaño todos los continentes formando el supercontinente Pangea, y tratar de imaginar asimismo cómo volverán a agruparse entre los próximos cincuenta y cien millones de años (alrededor del Ártico), fusionándose en otro supercontinente que los científicos denominan Amasia.

Pero ¿no estaremos conectando ya en la actualidad todos los continentes? ¿Cómo será nuestro planeta una vez que hayamos construido un perfecto entramado de infraestructuras de transporte, energía y comunicaciones entre todas las personas y recursos del mundo, de suerte que no quede geografía alguna sin conectar? Un término apropiado para designar este escenario podría ser *conectografía*.

Este libro trata de las asombrosas consecuencias de la conectividad en prácticamente todas las facetas de nuestras vidas. Completa una trilogía sobre el futuro orden mundial. El arco comenzó con *El segundo mundo*, un viaje por el nuevo mercado geopolítico, en el que múltiples superpotencias compiten por la influencia en las principales regiones plagadas de inestabilidad y divisiones. Sostenía allí que «antaño se conquistaban colonias y hoy se compran países». Y, sin embargo, los Estados inteligentes practican un astuto alineamiento múltiple, que consiste en llevarse bien con todas las grandes potencias al mismo tiempo, con el fin de extraer los máximos beneficios sin comprometerse con profundas alianzas. La segunda parte, *How to Run the World*, examinaba el paisaje global cada vez más neomedieval en el que los gobiernos, las compañías, los colectivos ciudadanos y otros jugadores compiten por la autoridad, pero colaboran en una nueva clase de megadiplomacia para abordar los desafíos globales. Concluía con una exhortación a «la liberación universal mediante las conexio-

nes voluntarias que se expanden de manera exponencial», como la senda hacia un Renacimiento global. *Conectografía* trata de cómo lograrla, tanto en sentido literal como intelectual.

La hoja de ruta de este libro sigue varias ideas clave que están interconectadas. En primer lugar, la conectividad ha remplazado la división como el nuevo paradigma de la organización global. Las visualizaciones de nuestra infraestructura funcional nos dicen más sobre el funcionamiento del mundo que los mapas políticos definidos por fronteras. El auténtico mapa del mundo no solo debería incluir Estados, sino también megaciudades, carreteras y autopistas, vías férreas, oleoductos y gasoductos, cables de internet y otros símbolos de nuestra emergente civilización global en red.

En segundo lugar, la descentralización es la fuerza política más poderosa de nuestra era: por todas partes, los imperios se están descomponiendo y se está disipando la autoridad de las capitales centrales hacia las provincias y las ciudades que buscan la autonomía en sus asuntos financieros y diplomáticos. Pero la descentralización tiene una importante contrapartida: la agregación. Cuanto menores se vuelven nuestras unidades políticas, más han de fusionarse en mancomunidades regionales de recursos compartidos para sobrevivir. Esta tendencia se constata en todo el mundo, desde África Oriental hasta el Sudeste Asiático, mientras se configuran nuevas y dinámicas federaciones regionales a través de infraestructuras e instituciones comunes. También América del Norte se está convirtiendo en un supercontinente verdaderamente unido.

En tercer lugar, la naturaleza de la competición geopolítica está evolucionando desde la guerra por el territorio hacia la guerra por la conectividad. La competición por la conectividad se desarrolla como un juego de tirar de la cuer-

da con las cadenas globales de suministro, los mercados energéticos, la producción industrial y los valiosos flujos de finanzas, tecnología, conocimiento y talento. El juego de la cuerda representa el paso de una guerra entre sistemas (capitalismo frente a comunismo) a una guerra *en el seno de* un sistema colectivo de cadenas de suministro. Aunque los conflictos militares constituyen una amenaza habitual, el juego de la cuerda es una realidad perpetua, que se ganará con la planificación maestra de la economía más que con la doctrina militar. Por todo el mundo se han construido miles de nuevas ciudades o zonas económicas especiales (ZEE), con el fin de ayudar a las sociedades a introducirse en el mapa en el juego de la cuerda global.

Otra modalidad de esta conectividad competitiva son las alianzas infraestructurales: la conexión física a través de fronteras y océanos mediante estrechas asociaciones de cadenas de suministro. La implacable persecución de esta estrategia por parte de China ha elevado la infraestructura a la categoría de bien global, parangonable a la prestación de seguridad en el caso de Estados Unidos. La geopolítica en un mundo conectado no se desarrolla tanto en el tablero de juego del Risk de las conquistas territoriales cuanto en el *Matrix* de las infraestructuras físicas y digitales.

La conectividad es un motor fundamental de la profunda transformación hacia un sistema global más complejo. Las economías están más integradas, las poblaciones son más móviles, el ciberdominio se está fundiendo con la realidad física y el cambio climático está obligando a efectuar ajustes radicales en nuestra forma de vida. Los significativos (y con frecuencia súbitos) bucles de retroalimentación entre estos fenómenos siguen siendo prácticamente imposibles de descifrar. Y, sin embargo, aun cuando la conectividad torna más complejo e impredecible el mundo, también

ofrece las sendas esenciales para lograr la resiliencia colectiva.

Precisamente en semejantes momentos de incertidumbre es cuando más deseamos saber lo que viene a continuación. No obstante, lo mejor que podemos hacer es plantear escenarios. Durante la Guerra Fría, los escenarios se convirtieron en una manera importante de examinar cómo la estabilidad podía mutar súbitamente y desembocar en hostilidad, cómo la paz podía ceder el paso a la guerra. En la actualidad diseñamos escenarios para representar cómo podría ser el mundo si se logra la abundancia energética o si se intensifica la competencia por los recursos, si se dispara la migración global o si se imponen restricciones, si los flujos financieros inundan los mercados o si los cambios de políticas fuerzan la reducción del capital, si la desigualdad genera inestabilidad política generalizada o si los gobiernos vuelven a comprometerse a crear empleo y bienestar. Es fácil hallar indicios que apuntan en todas las direcciones.

Por consiguiente, los buenos escenarios no se refieren a predicciones, sino a procesos: a mayor diversidad de perspectivas, más ricos los escenarios resultantes. En un momento en que se pregonan con la misma confianza la «muerte de la globalización» y la «era de la hiperglobalización», construir una visión atinada del futuro no es tanto una cuestión de elecciones binarias (un escenario de color rosa frente a un escenario sombrío) como de articular una mezcla de varias visiones. Actualmente no se trata de elegir entre la competencia de las grandes potencias mundiales, la interdependencia globalizada y las poderosas redes privadas: tenemos las tres cosas al mismo tiempo.

En este libro he combinado elementos de cientos de escenarios junto con mis propias investigaciones y observaciones realizadas a lo largo de dos décadas en que me he

dedicado a viajar por todos los rincones del mundo y a analizar las cuestiones globales. Gracias a las espectaculares mejoras en la visualización de datos, algunos de estos hallazgos se representan en los excepcionales mapas y gráficos incluidos en este libro, así como en el *Atlas de la conectividad* disponible en línea en <<https://atlas.developmentseed.org/>>. Cualquiera que sea la forma que adopte el mundo en las décadas venideras, no existe todavía ningún sustituto para un buen mapa.

Una nota sobre los mapas

Los primeros mapas del mundo que se conocen, el antiguo *Imago mundi* babilónico y el mapa circular centrado en el Mediterráneo del filósofo griego Anaximandro, datan del siglo VI a. C. El astrónomo griego Ptolomeo desarrolló posteriormente la cuadrícula completa de latitud y longitud para permitir una localización más precisa de las coordenadas. Pero, durante muchos siglos a partir de entonces, los mapas bizantinos e islámicos siguieron orientados en torno a los lugares sagrados. Tenían tanto de teología como de geografía. Mediante las Cruzadas y la expansión de la Ruta de la Seda euroasiática, los eruditos europeos se afanaron por lograr una mayor exactitud sobre la geografía y el clima, elaborando aproximadamente un millar de *mappae mundi* que contenían ciudades, pueblos y especies animales, pero también alegorías bíblicas. Los mapas del polímata italiano del siglo XV Leonardo da Vinci incorporaron los elementos de relieves de los atlas actuales, con colores y sombreados para captar las elevaciones y los paisajes.

No obstante, a pesar del desarrollo de las técnicas cartográficas, los conocimientos para rellenar los mapas seguían siendo limitados. En las décadas posteriores a la circunnavegación del mundo realizada por Fernando de Magallanes hace cinco siglos, muchos mapas seguían incluyendo bocetos de monstruos marinos y la frase latina *hic sunt dracones* («aquí hay dragones») en Asia Oriental. Los

mapas europeos de África de mediados del siglo XVII estaban todavía plagados de vagos bosquejos de monos y elefantes, con lo cual se recalcan los escasos conocimientos occidentales acerca de las sociedades precoloniales del hemisferio sur. En Occidente no se sabía casi nada sobre Hawái ni las islas del Pacífico Sur hasta los viajes de James Cook a mediados del siglo XVIII. Por aquel entonces, las anotaciones más importantes en los mapas eran probablemente las corrientes oceánicas que guiaban a los navegantes.

Los mapas actuales han evolucionado para corregir las distorsiones de sus predecesores. Las proyecciones de Gall-Peters y Hobo-Dyer, por ejemplo, utilizan técnicas de proyección equiareal para representar el tamaño de los continentes, de suerte que Groenlandia, por ejemplo, no parece tan grande como África porque, en realidad, esta es catorce veces mayor. Pero, más allá de ofrecer una escala y unas localizaciones más precisas, estos mapas hacen poco por representar la realidad del lugar.

Esto es especialmente cierto en los mapas políticos actuales, a los que irónicamente otorgamos una veracidad sagrada, pese a ser uno de los principales instrumentos de propaganda de la historia. Los mapas son atractivos, pero también peligrosos. La cartografía competitiva es un duelo que tiene siglos de antigüedad, toda vez que los cartógrafos promueven versiones nacionalistas de la realidad. Lo que plasmamos en un mapa posee un poder icónico para modelar el pensamiento de la gente. Los mapas de Israel muestran sus fronteras como si estuvieran legalmente reconocidas, mientras que sus vecinos no muestran en absoluto Israel o presentan Palestina como «Territorios Ocupados». En 2014, la editorial Harper Collins llegó a publicar una edición de su *Atlas de Oriente Medio* que omitía por completo Israel para satisfacer las sensibilidades de su mercado

árabe. India y China continúan publicando mapas opuestos en lo tocante a la ubicación precisa de su frontera en varios sectores donde sus respectivos ejércitos siguen con sus escaramuzas. Hasta la fecha, Google Earth ha hecho sus mapas al margen de los dictados nacionales, representando las áreas disputadas como tales, sin tomar partido. No obstante, cuando en 2010 cedió por error a Costa Rica un tramo disputado del río San Juan, Nicaragua estuvo a punto de declarar la guerra (¡a uno de los pocos países del mundo que no tienen ejército!).

Tiene su gracia que, al estar sujetas a continuas transformaciones, las fronteras constituyan el mejor recordatorio de que los mapas no tienen nada de permanentes. De hecho, incluso las etiquetas culturales más básicas que asociamos a las direcciones de la brújula evolucionan en su significado con el paso del tiempo. Hace un cuarto de siglo, «Este» significaba la Unión Soviética; la Guerra Fría se designaba a menudo como el «conflicto Este-Oeste». Sin embargo, hoy nadie colocaría la etiqueta «Este» sobre Rusia. El auténtico «Este» es el Asia centrada en China donde habita más de la mitad de la población mundial y que representa un tercio de la economía global. Análogamente, «Oeste» solía referirse exclusivamente a los países judeocristianos de Europa Occidental o, más extensamente, a los miembros de la alianza transatlántica de la OTAN. Ahora bien, cuando hoy hablamos del «Oeste», nos referimos a los casi treinta miembros de la Unión Europea, así como a América del Norte e incluso a todo el continente sudamericano, el tercer pilar del mundo occidental.^[1] Y, de hecho, dado que muchos países del antiguo «Sur» (entendido como el «Tercer Mundo»), tales como, por ejemplo, la India, están creciendo más rápido que Occidente, el bloque diplomático del hemisferio sur casi se ha disuelto. «Viejo mundo» significaba en su momento Europa y «Nuevo Mundo» se refería

a las Américas. Ahora Occidente se ha convertido en lo «viejo», en tanto que Asia es lo «nuevo». Cuando la realidad del hiperdesarrollo asiático caló en un periodista occidental recién llegado a Singapur, este concluyó: «La modernidad comienza ahora en el Este y fluye hacia el Oeste». Y, en la próxima generación, una identidad que nunca existió en realidad, la «norteña», está naciendo en la región del Ártico a medida que la zona de la esfera terrestre por encima de los 66 grados de latitud norte se vuelve más poblada con el aumento de las temperaturas.

Los mapas son las infografías originales y las que todavía se utilizan con más frecuencia. Pero los mapas previos a las infraestructuras son cada vez más irrelevantes en el mundo actual. El estratega corporativo Kenichi Ohmae afirmaba así que los mapas son «ilusiones cartográficas», debido a lo poco que reflejan nuestra capacidad de salvar las distancias geográficas mediante la tecnología. En la buena sociedad, los pecados de omisión se consideran mentiras; lo mismo debería aplicarse a los mapas. Concluyendo su exhaustiva y elocuente revisión de la historia de la cartografía, el historiador británico Jerry Brotton señala sabiamente la paradoja de que «jamás podemos conocer el mundo sin un mapa, ni tampoco representarlo definitivamente con uno».[2] Con todo, debemos intentarlo. Un mundo complejo necesita más que nunca mapas, pero mapas mejores. Los mapas han pasado del arte y la teología al comercio y la política; ahora deben reflejar mejor la demografía, la economía, la ecología y la ingeniería.

Durante los comienzos de la Guerra Fría, el 64° Batallón de Ingenieros Topógrafos de Estados Unidos midió terrenos accidentados como selvas y campos minados desde Liberia hasta Libia y desde Etiopía hasta Irán, con el fin de ayudar a Estados Unidos a elaborar mapas más precisos para las operaciones militares y para la selección de municio-